Textos ateos

Sebastían Faure



Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)

2006ko ekainean argitaratua

La creación

(Del latín *creatio*). F. Acto de crear o sacar Dios algo de la nada. Si preguntáis a un metafísic@, imbuido de espíritu teológico lo que significa la palabra creación, os responderá: «La creación es el acto incomprensible por el cual Dios hizo el mundo y le dio una existencia propia». Inútil insistir, porque os repetirá: «Este acto sobrepasa el entendimiento humano».

Dirigios a un teólogo puro, católico, por ejemplo, y os dirá: «Es el acto por el cual Dios, sin el concurso de materia alguna preexistente, ha producido el Universo con su sola potencia y su única voluntad». Y apoyará su definición en el Génesis bíblico y en la autoridad de Moisés.

Es en este último caso, en que la creación a partir de nada, *ex nihilo*, se haya afirmada, cosa extraña, en la autoridad de un libro casi único desde este punto de vista, porque la historia de las religiones prueba, sin duda posible, que raras, por no decir ninguna, fueron las que admitieron la idea de creación. Los más sabios exágetas con Ernst Renan y D. F. Strauss a la cabeza, han demostrado claramente la notable excepción que ofrece a este tema la religión judía.

La historia de la filosofía nos enseña que la más poderosa reacción contra la idea judía de creación *ex nihilo* tuvo lugar en Grecia, donde 600 años antes de nuestra Era, Demócrito, Anaxágoras, Empédocles, Zenón, etc., rechazaban el sobrenaturalísimo religioso y sólo especulaban sobre la materia como elemento para formar el Universo. Sabemos que Anaxágoras fue el más claro y preciso de ellos, lo que nos obliga a reconocer que de él data la oposición a la idea de creación por la de evolución.

Se queda un@ aturdid@ al ver que, gracias a la influencia de Platón y de Aristóteles, la idea de creación se mantuvo mucho tiempo en vigor a pesar del esfuerzo casi milagroso del pensamiento religioso del siglo VI griego.

Creación. Cualquiera que sea la concepción que tengamos de lo que l@s adept@s de las religiones diversas llaman Dios, el gesto creador que se atribuye al Ser Supremo y Eterno, «haciendo de la nada el Universo y creando todas las cosas de la nada» es un absurdo insostenible.

La palabra crear es uno de esos términos de los que se ha abusado para expresar un montón de cosas, muchas de las cuales son totalmente extrañas a la idea que implica la expresión *crear*. ¿Es que no se ha dicho de un gran sastre o de una modista reputada que han creado tal modelo o tal género? ¿Qué han hecho? Han buscado en los archivos, han consultado las obras adecuadas a su profesión, han comparado, se han inspirado en los gustos recientes, han tenido en cuenta los tejidos y los ornamentos que armonizaban más agradablemente, han suprimido esto e introducido lo otro, han añadido aquí y disminuido allá; han interrogado al personal y a la clienta; se han informado acerca del género y el modelo que iban a lanzar sus competidores; han hecho números con el fin de saber cuál sería el beneficio. En fin, todas estas operaciones han hecho que surgiera un género o un modelo. ¿Podemos decir que han creado? No.

De tal sabi@ se ha dicho que es el creador de una ciencia o de una rama de ésta. ¿Qué ha hecho ese sabi@ ilustre? Ha extraído enseñanzas de los trabajos e investigaciones de sus predecesores; ha aprovechado las experiencias, las investigaciones a que se dedican sus contemporane@s; ha multiplicado las observaciones y los análisis; ha prolongado los resultados adquiridos y su labor perseverante lo ha puesto un día frente a una posibilidad nueva en un campo de experiencia inexplorado. Se ha adelantado, ha sido el

primer@ y unido su nombre a un procedimiento, a un método, a una particularidad de la ciencia. ¿Ha creado verdaderamente? No.

Cuando se trata de artistas y de obras de arte, debido a la magnificencia de sus inspiraciones nos servimos a menudo de la palabra creación. Son de destacar las obras soberbias que han elevado a las Bellas Artes hasta las nubes, que la forma y la belleza han hallado en algun@s hombres un soplo genial, y la ejecución prestigiosa les ha convertido en verdader@s geni@s. ¿Pero, qué hubieran hecho y qué hubieran podido hacer si su cerebro admirables no hubiera sido previamente poblado de ideas, de sensaciones, de recuerdos, de conocimientos, de comparaciones, abastecidas por la diversidad de las escuelas; si su genio, nutrido, fortalecido, elevado por la contemplación de esas riquezas intelectuales y de esos tesoros artísticos, no hubiera tomado de ese fondo inagotables los materiales indispensables para la exteriorización de sus sublimes edificaciones interiores? Luego, ¿podemos llamar a sus obras creación? No.

Entonces, ¿qué es crear? Confieso que su definición no es cosa fácil cuando se trata de dar un sentido a una expresión que no posee ninguno. No se explica lo inexplicable.

Sin embargo, los textos religiosos dicen que «Dios es eterno, infinito, todopoderoso, que ha hecho todas las cosas de la nada». Ahora ya tenemos una definición de la palabra crear. Crear, sería (sería, no es), hacer alguna cosa con nada en absoluto, sacar una cosa de la nada absoluta. Imaginad las combinaciones más ingeniosas, el desarrollo más fantástico, las multiplicaciones más fabulosas; haced que el roble brote de la bellota más majestuosa; sacad de una unidad los totales más elevados; haced que de un grano de polvo se forme un continente; ninguna de estas operaciones nos pude dar la idea de lo que sería crear. Una bellota es pequeña, una unidad es poco, un grano de polvo no es casi nada, empero, un grano de polvo, una unidad, una bellota, son de todas maneras alguna cosa, y crear es hacer alguna cosa de la nada. Debe notarse que el milagro de la creación del mundo no está en el hecho -ya sorprendente en sí– que de la nada absoluta Dios haya podido crear el Universo, cuyas dimensiones son tales que después de haber multiplicado las cifras más fabulosas por las más fantásticas, y después de haber tomado el total de esta multiplicación por la más ínfima unidad de medida, es imposible fijar sus dimensiones, el milagro reside en el hecho de hacer alguna cosa, por pequeña que sea, de la nada; el milagro está entonces en la creación misma y no en la extensión o el volumen de la cosa.

Con nada no se hace nada, ni se puede hacer nada y el inviolable aforismo de Lucrecio, ex nihilo nihil, sigue siendo la expresión de una certidumbre innegable y de una evidencia manifiesta. Creo que sería vano buscar a una persona dotada de razón que pueda concebir y admitir que de la nada se puede hacer alguna cosa y que con la nada sea posible hacer algo. En consecuencia, la hipótesis de un Dios creador es absurda, la razón la rechaza como inadmisible.

La verdad es que a la religión le es indispensable que su Dios sea creador para ser Dios. Porque si esta cualidad le faltara dejaría de ser Dios. Ya no sería el ser necesario, el ordenador de todas las cosas, el dispensador de la felicidad y del sufrimiento.

Dogma es el artículo de fe que está prohibido al católic@ poner en duda bajo pena de pecado mortal.

«Creed, heman@s mí@s» -dice el cura-, «creed y no tratéis de comprender. ¿Cuál sería el merito de creer si comprendierais? Y si pudierais comprender, ¿con qué derecho reclamaríais la recompensa prometida a las almas que se sumergen en la adoración?

Desconfiad de las tentaciones diabólicas. Satanás es hábil en el arte de colocar cepos y es, quizá, uno -el más peligroso– el de incitaros a penetrar en el misterio en el que place a nuestr@ Dios envolverse. Creed; creed ciegamente; creed igualmente, creed sobre todo lo que os parece que es absurdo. Con el buen cristian@, decid: Creo, aunque sea absurdo; credo quia absurdum**».**

Es posible que el lector se extrañe de la poca consistencia que tiene la tesis cristiana al sostener el absurdo de la creación ex nihilo**. Lo que es sorprendente no es el ridículo y la inverosimilitud de esta tesis, sino el crédito que ella ha tenido durante siglos y que tiene aún entre una multitud de gentes que no están desprovistas de inteligencia y de cultura.**

Pero el problema de la creación **no se puede resolver con la simplicidad que lo hacen las religiones. El origen del Universo -que a eso se refiere la noción religiosas de creación– es una cuestión que atormenta a l@s hombres de ciencia y sobre la cual, hasta ahora, sólo se han podido adelantar algunas hipótesis con caracteres de mayor o menor similitud, pero aún no se ha llegado a una conclusión definitiva, aceptada científicamente, que pueda considerarse como solución a esa incógnita milenaria.**

Creación**. Declaro que es un tema que ofrece dificultades muy difíciles de superar. En primer lugar, adquiere forzosamente por su naturaleza misma, un carácter muy personal. Además, es muy vasto. Considero el problema de la creación (es decir, de la energía creadora, fuerza fundamental de la evolución universal), como el problema central de todas las ciencias, de todo nuestro saber, de toda nuestra actividad de pensadores, de buscadores, de exploradores.**

La esencia de las fuerzas móviles (los resortes primordiales) de la evolución general es aún para nosotr@s un profundo, punzante y completo misterio. Persistiendo ese misterio no podemos formular nuestras concepciones filosóficas, biológicas o sociales más que a tientas y dentro de ciertos límites restringidos. Luego, desde mi punto de vista, sin que ese misterio sea descubierto y ese problema resuelto, nuestras concepciones, nuestras afirmaciones y nuestras convicciones no podrán ser, científicamente hablando, más que débiles, dudosas, inestables y efímeras hipótesis.

Según mi criterio el problema de la evolución general y también el de la evolución del hombre -biológico, psicológico y social– están indisolublemente ligados a los problemas de la energía creadora de la naturaleza. Dicho de otro modo: el problema de la evolución general y el de la evolución del hombre en particular, conduce, infaliblemente según mi opinión, al de la esencia y funcionamiento de la energía universal.

El problema de la creación (energía creadora) se halla en la base de todas las cuestiones concernientes a la evolución, la vida (como fenómeno notable de la evolución), el hombre (como fenómeno notable de la vida), el individu@ y la sociedad. Tal es mi convicción íntima. Desde hace tiempo, tengo la costumbre de examinar toda cuestión más o menos importante de la vida en general o de la vida humana -individual o social– a través del prisma de ese problema fundamental. De esta forma, varias cuestiones se me aparecen bajo un nuevo horizonte. Su estudio se enriquece, a mi juicio, con un factor igualmente nuevo y muy potente. Añadiré que algunos aspectos del mismo problema han confirmado definitivamente mis convicciones anarquistas, para las que he hallado así una base más.

Siempre me ha extrañado que el problema de la creación (energía creadora de la naturaleza), cuya penetración e importancia capital se hallan fuera de duda y que, por así de-

cirlo, se encuentra constantemente ante nuestros ojos (la naturaleza, es la creación constante), se halla desde hace siglos casi totalmente fuera de estudio científico. En efecto, la ciencia moderna opera sobre todo por medio del análisis y de experiencias concretas, precisas, minúsculas, que, a lo mejor, llegan un día «automáticamente» a conclusiones generales y vastas. Pero soy de la opinión de l@s que pretenden que no hay, por eso, que abandonar totalmente el otro método: el examen general de los grandes problemas que aparecen ante nosotr@s y prueban la potencia de nuestro pensamiento, en posesión, sobre todo, de los resultados ya adquiridos por los análisis escrupulosos del microcosmos. Los dos procedimientos podrían coexistir perfectamente, poseyendo cada uno su campo de acción completándose mutuamente en lugar de excluirse.

Me dedicaré, pues, en el presente artículo a formular, a precisar el problema tal como se presenta a la meditación y al estudio. Espero que, dejando de lado sus soluciones posibles, tal precisión interesará al lector y le será útil.

Admitiendo definitivamente que el método de acción de la naturaleza es la evolución; admitiendo después que la esencia, la fuerza móvil, el resorte permanente de la evolución es la energía creadora, nuestra cuestión se presenta como sigue:

1. ¿Qué es la energía creadora y, en consecuencia la creación? ¿Cuál es su esencia y cuál su papel en la naturaleza? ¿Cómo funciona? ¿Cuáles son sus relaciones con las diferentes clases de energía? ¿Qué es la vida como manifestación de la energía creadora? La situación del hombre en la evolución de la vida. El hombre y los animales. (Parte biológica del problema).

2. El hombre y la energía creadora. (Parte biopsicológica del problema).

3. La esencia y el papel de la creación en la sociedad humana. El sentido de la evolución del hombre en sociedad. El individu@ y la sociedad. El problema del progreso, etc. (Parte sociológica).

Tales son los trazos esenciales del problema de la creación (energía creadora), sin hablar de sus múltiples subdivisiones. En esta obra no es posible desarrollar esos temas, ni siquiera abordarlos, nos hemos de contentar con plantearlos.

El Alma

(Del latín anima, soplo, vida). F. Es un término vago, impreciso, cuya definición varía según las doctrinas filosóficas, las cuales se han interesado, más o menos, por llegar a conclusiones definitivas. La palabra alma expresa el principio desconocido al que se atribuyen los efectos conocidos y observados que sentimos en nosotr@s mism@s. En el sentido propio y literal, alma significa «lo que anima». Por lo que se dice «el alma» del hombre, de los animales y, a veces, de las plantas, para significar su principio de vida, de vegetación, de desarrollo. En tal caso el alma es considerada, en general, como el principio, origen y causa de la vida, como la vida misma.

En un sentido más restringido se dice que el alma es el conjunto de las facultades que representan la vida intelectual y moral, y la fuente de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad. Admitiendo esta definición se trata de hallar la naturaleza y la sustancia del alma. ¿Es inherente al cuerpo o inseparable de éste? ¿Posee, acaso, una existencia propia, independiente del cuerpo, el cual no sería en tal caso, más que la envoltura mortal? Si se supone que el alma vive antes que el cuerpo, dentro del cual se aloja, y sobrevive a este cuerpo, cabe preguntarse dónde estaba y a dónde ira después. ¿De qué forma, en qué momento y en qué condiciones saldrá? También cabe preguntarse: ¿Posee el alma una existencia limitada o ilimitada? ¿Si tiene un principio, dónde está? Si un fin, ¿cuándo y cómo? Además, si no se confunde con la materia de qué se compone el cuerpo. Nos da ello lugar al estudio de toda clase de relaciones existentes entre cuerpo y alma, y al medir la influencia que ejerce uno sobre otra o la inversa, y, además, si existe acuerdo estrecho o constante entre ellos o, por el contrario, conflictos incesantes. Conviene precisar las condiciones de esta asociación o de ese dualismo especificando los orígenes y las consecuencias.

La palabra alma y el significado que se le da, han provocado las controversias más características de oposición, las polémicas más ásperas y las discusiones más apasionadas. Estas discusiones han dado lugar al nacimiento de sistemas filosóficos variados y contradictorios, de los que han nacido, haciendo abstracción de ciertas escuelas cuyas enseñanzas son imprecisas, las dos grandes escuelas: espiritualista y materialista.

El diccionario filosófico de Voltaire dice: «Nosotr@s debemos plantear la cuestión de si el alma inteligente es espíritu o materia; si ha sido creada antes que nosotr@s; si procede de la nada en nuestro nacimiento; si, tras habernos animado en la tierra, vive después de nosotr@s en la eternidad. Estas cuestiones parecen sublimes. Pero, ¿qué son en realidad? La pregunta del cieg@ al otr@ cieg@: ¿Qué es la luz? Cuando queremos conocer la naturaleza de un metal, lo ponemos dentro de un crisol. Pero, ¿hay acaso un crisol para el alma? Un@s dicen que es espíritu. Pero, ¿qué es espíritu? Sin duda alguna nadie sabe nada. Es una palabra tan sin sentido, que estamos obligad@s a decir que el espíritu no existe, puesto que no se puede decir lo que es. Otr@s dicen que el alma es materia. Pero, ¿qué es materia? Nosotr@s no conocemos más que algunas apariencias y algunas propiedades y ninguna de ellas tiene, al parecer, la menor relación con el pensamiento. ¿Es algo distinto de la materia? ¿Qué se sabe? ¿Es porque la materia es divisible y tiene estructura y el pensamiento no? ¿Quién puede afirmar que los primeros principios de la materia son divisibles y tienen estructura? Es muy verosímil que no lo sean; hay sectas enteras de filósof@s que pretenden que los elementos de la materia no tienen figura ni extensión. Entonces exclamáis triunfalmente: 'el pensamiento no es ni leña, ni arena, ni piedra, ni metal; entonces, el pensamiento no pertenece a la materia'. ¡Débiles y

y atrevid@s razonadores! La gravitación no es ni leña, ni arena, ni metal, ni piedra; el movimiento, la vegetación, la vida, no son nada, tampoco, de todo eso; no obstante, la vida, la vegetación, el movimiento y la gravitación son dados a la materia. ¿Qué importa todo lo que se ha dicho y todo lo que se dirá sobre el alma? ¿qué importa que se le haya llamado entelequia, quintaesencia, llama, éter, que se la crea universal, increada, transmigrante? ¿Cómo somos tan atrevid@s para afirmar lo que es el alma? Lo que sabemos de cierto es que existimos y que pensamos. ¿Queremos avanzar un poco más? Entonces caemos en un abismo de tinieblas dentro del cual tendremos aún la loca temeridad de disputar sobre el hecho de que esa alma, de la que no tenemos la menor idea, ha sido antes que nosotr@s o con nosotr@s, si es mortal o inmortal.»

En el diccionario de La Chatre, debido a la pluma de André Girard, hallamos una serie de indicaciones y de informes que son más una documentación histórica que una discusión. Es por lo que juzgamos útil su reproducción.

«La definición del alma varía según las doctrinas filosóficas. Estas doctrinas pueden clasificarse en cuatro categorías, que equivalen al mismo número de definiciones del alma. Según las doctrinas espiritualistas el alma sería una sustancia inmaterial, distinta al cuerpo y sede de la sensibilidad, de la voluntad y de la inteligencia. Según una doctrina denominada vitalista, el alma sería el principio de la vida de todo ser organizado y vivo. Para l@s panteístas, el alma es una emanación de la divinidad, una parte del gran todo, ya sea o no distinta del cuerpo. En fin, la doctrina materialista considera el alma como una fórmula, un término general que expresa el conjunto de hechos, del pensamiento y del sentimiento. Se ha pretendido que la noción de alma era universal y que, desde siempre, tod@s l@s hombres han creído en la existencia de su alma. No hay nada que sea menos cierto. Ciertos grupos salvajes, que existen aún, no tienen ninguna noción ni de la divinidad ni del alma. Es verosímil que esta noción sea el resultado de reflexiones que entre l@s primitiv@s provocaron el deseo de conocer las causas de los fenómenos de que eran testigos. A causa de esa ausencia de conocimientos científicos, fue suplida por la imaginación. En lo que concierne al alma, habían observado que la respiración se interrumpe en el momento de la muerte, y que al mismo tiempo que se exhala el último suspiro desaparecen para siempre todas las manifestaciones de la vida. La teoría animista fue la primera que se formuló sobre el alma. Procede de un error de causalidad al tomar el efecto por la causa. La respiración cesa porque la vida se acaba. El cese de la respiración es una consecuencia del cese de la vida, no la causa, salvo en accidentes especiales. Partiendo de ese falso principio, se desarrolló la teoría animista que se fue modificando paulatinamente, buscando precisar cada vez más la naturaleza del alma.

Desde entonces, las doctrinas se separaron, buscando cada una su camino, llegando a conclusiones contradictorias, aunque partiendo de un mismo punto. La noción de alma tendió cada vez más hacia la abstracción. Primero se imaginó que la respiración que representaba el alma, era un soplo sutil, de una materia más refinada que la del cuerpo. Esta fue la doctrina de l@s primer@s grieg@s. Luego, se creyó en su preexistencia y su supervivencia al cuerpo. La filosofía oriental y la doctrina pitagórica, admitieron la metempsicosis, es decir, la emigración de las almas y su paso sucesivo a diversos cuerpos de seres diferentes. Otr@s, como Heráclito, vieron en el alma una chispa de fuego divino. Anaxágoras la convierte en espíritu, y Platón admite, también, la existencia de un alma distinta al cuerpo. Para Aristóteles, no es más que la forma del cuerpo, la fuerza que da al organismo su vida orgánica, sensible e intelectual, y no existe más que en el

cuerpo.

Con la propagación del cristianismo renace la doctrina espiritualista: el alma inmaterial, distinta al cuerpo y al cual sobrevive. Aunque parezca extraño, durante el medievo prevaleció la doctrina aristotélica, aunque el cristianismo parece salir, más que de ninguna otra, de la doctrina platónica. Ya no se discute entonces partiendo de hechos, de observaciones, sino con argumentos imaginativos y disciplinados solamente según una fórmula lógica convenida. Entonces fueron admitidas las opiniones más inverosímiles para explicar el alma, su existencia y sus propiedades, para conciliar las contradicciones que la ciencia ponía a diario al descubierto entre la hipótesis admitida y los hechos observados. Siempre que fueran presentadas en un buen silogismo, su inverosimilitud o su misma absurdidad no eran de ningún peso para su admisión o su rechazo. Lo único que importaba era la ingeniosidad, aunque ésta prevaleciera sobre la razón y los hechos. Pero si la noción de alma nació de la ignorancia de los hechos científicos y de sus causas, si esta ignorancia entraña como consecuencia la hipótesis de un principio, de una sustancia destinada a explicarlo, en contrapeso, a medida que la ciencia progresaba, explicando un número cada vez mayor de fenómenos que hasta entonces parecían incomprensibles, era menor la necesidad de la hipótesis. Hoy día se puede decir que la ciencia ha llegado a una suma suficiente de conocimientos para que esta hipótesis sea completamente desacertada. Así como Laplace declaraba que él podía prescindir de la hipótesis de Dios para explicar su concepción de Universo, actualmente la hipótesis alma no es necesaria para explicar los fenómenos de orden psíquico. Ya en el siglo IV antes de nuestra Era, Demócrito, el mayor, el más potente geni@ de la antigüedad, tuvo la intuición de la teoría materialista moderna. El fue quien formuló los principios fundamentales, admitiendo un número infinito de átomos que se combinan diversamente gracias a movimientos múltiples que les animan y de cuya combinación resulta la innumerable diversidad de seres. Los fenómenos psíquicos son los resultados de las combinaciones especiales de los átomos más sutiles. La concepción materialista del alma estaba muy extendida en los últimos tiempos del paganismo. Al advenimiento del cristianismo, éste introdujo las ideas espiritualistas de las religiones hindúes. Luego, la invasión de l@s bábar@s, que hizo sufrir a la civilización romana un retroceso de varios siglos, acongojó a la filosofía a la época de sus concepciones más groseras. El prolongado período que siguió de bandidaje y de guerras continuas paralizaron todo ensayo del pensamiento, y todo lo concerniente al arte o a las ciencias se refugió en los conventos. Todo el pensamiento y sus esfuerzos se perdieron en luchas estériles sobre cuestiones de dogma, querellas bizantinas que no facilitaron ningún progreso a la filosofía. Pese a ello, algun@s espíritus independientes, desafiando el despotismo y la ignorancia religiosos, plantearon los problemas generales de la filosofía. Pese a las persecuciones, a los suplicios de toda clase, gracias a los progresos de las ciencias, el pensamiento filosófico empezó a desprenderse de las doctrinas puramente imaginativas. El filósofo ingles Hobbes, en pleno siglo XVII, osa formular la teoría materialista. Pero las consecuencias sacadas por él, desde el punto de vista social, llevan la huella de la barbarie de la época. Las doctrinas espiritualista y panteísta son formuladas por Descartes y Spinoza; Locke, en Inglaterra, hace derivar las ideas de las sensaciones y establece las bases del sensualismo, que Condillac y la mayoría de l@s filósof@s del siglo XVIII desarrollaron con tanta maestría. El advenimiento de la doctrina sensualista concuerda con el vuelco que Vesalio, Ambrosio Paré, Harvey, etc., acababan de dar a la ciencia psicológica. Como se ve, a

Medida que la ciencia positiva aumenta el número de sus conocimientos, la hipótesis espiritualista pierde terreno y la doctrina materialista consolida sus bases. Los grandes filósofos del siglo XVIII, Voltaire, Helvetius, d'Alembert, aunque sin ser rigurosamente materialistas contribuyen por su espíritu positivo y su método científico a los progresos del materialismo, que desarrollan d'Holbach, Diderot y La Mettria. En Alemania, Kant da un golpe fatal a la dialéctica y expone también la sensación como origen de las ideas, aunque admita la existencia de la inmortalidad del alma, en el siglo XIX, al mismo tiempo que la Fisiología, la Biología y la Antropología adquieren un desarrollo inaudito hasta entonces, la doctrina materialista se asienta sobre positivas al negar la existencia del alma. Augusto Comte, Cabanis, Broussais, Büchner, fundan definitivamente el materialismo, mientras que la doctrina espiritualista declina con l@s filósof@s de segundo orden: Víctor Cousin, Royer Collard, Jouffroy, etc.

Basándose sobre la teoría evolucionista formulada por Lamarck y desarrollada por Darwin, el materialismo moderno explica los fenómenos físicos más incomprendidos anteriormente, tales como las ideas innatas, la memoria, las aptitudes innatas, etc., sin recurrir a la hipótesis de un alma espiritual. Entonces, ¿qué valor tendrá esa hipótesis si su necesidad es nula para explicar cualquier fenómeno? La noción del alma espiritual va fatalmente a reunirse en la nada con las entelequias del medievo.»

Las citas tomadas del diccionario filosófico de Voltaire y del de La Chatre nos han parecido de gran interés, no tan sólo por ellas mismas, sino también en relación con las dos importantes doctrinas que deberemos estudiar en las palabras materialismo y espiritualismo.

Es posible que ciertas mentes no conciban quizá más que en forma confusa las consecuencias que se desprenden, desde el punto de vista social, de la adopción de una u otra de las dos tesis que se manifiestan en sentido contrario sobre los problemas más considerables de la ciencia y de la filosofía.

Las concepciones espiritualistas, que dieron origen a todas las religiones, han sido también la base de los fundamentos ideológicos del autoritarismo. El poder siempre emanó de la divinidad, y por ese origen era temido y aceptado por las multitudes, envueltas siempre por todos los sofismas que son consustanciales a la propia concepción espiritualista, la que a su vez, por sus propias esencias, anula la personalidad y la independencia.

Por eso rogamos al lector que lea las palabras materialismo y espiritualismo. En ellas hallará un estudio completo que no dejará de ilustrarle y le hará comprender la potencia de los lazos que científica y socialmente tienen el anarquismo y la tesis materialista.

La religión en el anarquismo

Veamos la historia misma.

Esta nos provee, apoyándose sobre la más abundante y auténtica de las documentaciones, la prueba de que la inmensa mayoría de l@s individu@s ha sido y es desgraciada en todos los períodos de la historia.

Veamos otros dos interrogantes que se encadenan con los anteriores.

a) ¿Por qué la mayoría de l@s indivdu@s fueron desgraciad@s en el curso de la historia?

Porque la inmensa mayoría de es@s hombres estaban privad@s de la facultad de satisfacer sus necesidades.

b) ¿Por qué estaban privad@s de esa facultad?

Porque a través de los siglos un cierto número de hombres se habían apoderado de todas las riquezas y de todas las fuentes de éstas, en detrimento de l@s otr@s hombres.

Porque es@s poseedores habían dictado leyes tendentes a legitimar ya consolidar sus expoliaciones.

Porque habían organizado un poder y unas fuerzas cuyo cometido era el de someter a l@s expoliad@s, a impedirles que se rebelasen y, en caso de rebelión, castigarl@s y someterl@s de nuevo.

Porque es@s poseedores y es@s am@s inventaron las religiones cuyo objeto fue el de imponer a l@s desposeíd@s y a l@s sojuzgad@s la sumisión a las leyes, el respeto a l@s am@s y la resignación a sus propios infortunios.

Porque este acaparamiento de la riqueza, esta legislación, este poder y esta religión se confabularon con toda su fuerza contra la multitud de explotad@s y oprimid@s privad@s de la facultad de hablar, de escribir, de agruparse a su manera, de pensar, de actuar libremente y de comer hasta satisfacer el hambre.

Porque la propiedad fue la autoridad de una clase sobre las cosas; el Estado, la autoridad sobre las conciencias, y la religión, la autoridad sobre las mentes y los corazones.

Porque tod@s es@s que no pertenecían a la clase dominante que detentaba los poderes reunidos en el capital, el Estado, la ley y la religión, formando siempre una clase multitudinaria de pobres, de oprimid@s, de justiciables y de resignad@s.

Porque física, intelectual y moralmente esa multitud estaba reducida a la esclavitud.

Esa clase no ha poseído jamás la libertad de satisfacer las necesidades del cuerpo, de la mente y del corazón. Por eso ha sido siempre desgraciada.

He aquí lo que, consultadas leal, atenta e imparcialmente, responden la historia y la experiencia. Estas aseveran que en el seno de las sociedades pasadas y presentes, la clase más numerosa ha sido desgraciada porque no ha sido libre. Lo que continúa ocurriendo en nuestros días.

La causa de todo este mal ha sido siempre la autoridad bajo todas sus formas.

El remedio, pues, consiste en romper todos los estamentos sobre los que se basa esa sociedad: capital, Estado, ley, religión, y fundar una sociedad enteramente nueva basada sobre la libertad.

La anarquía tiene al individu@ como base fundamental de sus concepciones. Los gobiernos, las religiones, las patrias, las morales, tienen como rasgo común el que, en el nombre y en el interés -dicho superior– de esas instituciones, siempre fueron y son desconocidos, violentados, inmolados, los verdaderos intereses del individu@. Los gobiernos comprimen, oprimen y prensan al individu@. Las religiones le privan de la facultad

de pensar libremente y de razonar con su propio juicio. Las patrias l@ precipitan, de grado o por fuerza, a las matanzas guerreras. Las morales hacen pesar sobre él las obligaciones más ineptas y los deberes más opuestos a su expansión natural y a la vida normal. Por la ignorancia y la cobardía, por la violencia y la represión, todas esas instituciones autoritarias crean en las multitudes la mentalidad de esclav@ y las costumbres gregarias de las cuales tienen necesidad las clases dominantes para perpetuar el régimen que les permite ser las exclusivas e insolentes beneficiarias. La anarquía propicia la liberación de tod@s l@s seres human@s de esta multitud de violencias, físicas, intelectuales y morales. Niega a la sociedad el derecho a disponer soberanamente de l@s que la componen. Declara que ese término vago la sociedad **no responde a nada fuera de l@s individu@s, ya que sólo ell@s le dan una realidad viva y concreta. Certifica que sin esa unidad tangible, palpable, que es el individu@, la sociedad sería algo inexistente y una expresión privada de toda significación positiva. Son tan manifiestas estas aseveraciones que da vergüenza formularlas.**

La creencia

(De creer). F. Confianza irracional en un dogma, en una religión. El término creencia se aplica en particular a los hechos sobre los cuales se basan los sistemas religiosos. La creencia es un fenómeno de orden sentimental, porque nunca hace referencia a la razón o la lógica. Rechaza todo análisis porque no puede aceptar el análisis de las bases sobre las que se apoya, puesto que se pierden en lo abstracto. Es falso suponer que la creencia se presente sólo en individu@s de poca cultura. Hay creyentes sincer@s que, sin embargo, tienen una cultura profunda. Tolstoi era creyente y no podemos acusarlo de ignorante.

El hombre al nacer no hereda solamente las taras físicas de sus antepasad@s, sino que hereda también las taras morales e intelectuales, y sólo lentamente se transforma el individu@. La creencia es un legado del pasado. Los siglos de esclavitud que nos han precedido, el oscurantismo religioso, han dejado huellas profundas en los cerebros. El hombre esta impregnad@ de creencias; pero el trabajo evolutivo sigue su curso, y de generación en generación se ve cada vez más cómo se borran los perjuicios que impedían el camino de la verdad y se abandona el campo de las creencias.

Las creencias desaparecen. Es cierto que el instinto y el sentimiento tienen aún un papel muy importante en la vida de l@s individu@s, y de las sociedades, sin embargo, tienen que ceder paso a la razón, y las generaciones futuras se orientan cada vez más hacia la luz, dejando tras ellas las creencias, que son los últimos vestigios de la ignorancia y el error.

La confesión

(Del latín confessione). F. Declaración por la cual se reconoce un hecho, se confiesa alguna falta. En este sentido se dice confesión sincera, franca, ingenua, voluntaria o forzada, confesión general, pública o privada, judicial o extrajudicial, etc. La confesión que nos interesa aquí, y de la cual es necesario que se haga mención y se hable explícitamente, es la que el sacerdote en el tribunal de la Penitancia, es en la que el pecador, arrepentid@ de sus faltas, acude al representante de Dios y de su Iglesia a pedir la absolución de sus pecados.

«La confesión fue establecida en el siglo III y abolida en el V a causa de los abusos y los escándalos, luego fue definitivamente adoptada por la Iglesia católica en el siglo XII». (Diccionario Bescherelle, Tomo I, página 729).

La confesión es uno de los medios más seguros -quizá el más poderoso y el más pérfido– por el cual la Iglesia Católica, Apostólica y Romana adquiere, mantiene y fortalece la dominación total a la cual tiende, con un espíritu de continuación prodigioso y una incomparable habilidad. Dentro del sabio juego de los sacramentos, con ayuda de los cuales la Iglesia Católica obliga a l@s fieles a mantener relaciones regulares y frecuentes con el clero, el de la penitencia, que se ejerce por la confesión, ocupa un lugar especial por el sólo hecho de que, mientras que en el bautismo, la confirmación, el matrimonio, la extremaunción se dan una vez por todas, o por lo menos, muy raramente, la penitencia y la eucaristía son impuestas durante toda la vida y llevan al católic@ frecuentemente al pie de los altares. Y aun inclusive, desde este punto de vista, el sacramento de la eucaristía debe ceder paso al de la penitencia, ya que la Iglesia obliga a confesarse al católico que quiere comulgar, para presentarse a la «Mesa santa» puro de toda falta y libre de toda mancha, mientras que el fiel que ha recibido, por el sacramento de la penitencia, la absolución de sus pecados no tienen ninguna obligación de comulgar.

Recordemos que la Iglesia proclama que los sacramentos son de orden divino y que para l@s católic@s verdaderamente preocupad@s de su salvación eterna, son de absoluta obligación; es, pues, obligatorio que, lavando al neófit@ de las manchas del pecado original, le confiere la cualidad de cristian@, lo admite dentro de la Iglesia militante, le abre las puertas al cielo; obligatoria la eucaristía, que el católic@ debe recibir, al menos una vez al año, durante la Pascua; la penitencia, que permite al pecador la confesión de sus faltas, el arrepentimiento y el firme propósito de no volver a pecar, de obtener la absolución y la remisión completa de sus pecados; obligatorio el matrimonio, para el hombre y para la mujer que desean unirse y tener contacto carnal sin ofender a Dios ni cometer pecado mortal y dar vida a hij@s legitim@s; obligatoria, la extremaunción para tod@ católic@ que, sabiéndose y creyéndose en peligro de muerte, tiene el deber de llamar al sacerdote y de recibir los últimos sacramentos que le aseguran el estado de gracia y le preservan de la condenación eterna.

Cada sacramento, se comprende por sí mismo, tiene una significación especial y una finalidad precisa; todos se imponen al católic@ en cierto momento de su vida y se adaptan a una circunstancia particular de su existencia. Sin entrar aquí en detalles y sin examinar a fondo a cada uno de estos sacramentos, me parece útil dar sobre todos ellos una mirada de conjunto, a fin de demostrar la sólida cadena, ininterrumpida, que unos junto a otros forman. Esta visión provoca una observación tan interesante como original. Cada observación consiste en hacer notar que, dentro de su conjunto, estos sacramentos se aplican a cada una de las épocas decisivas de la vida y que, teniendo carácter

regular y frecuente, la Iglesia Católica, gracias a dichos sacramentos, no pierde de vista a sus fieles, l@s tiene constantemente bajo su dominio, les recuerda sin descanso sus obligaciones hacia Dios, y adquiere, de esta manera, un imperio sobre ell@s que empieza en la cuna y se extiende y se fortifica sin solución de continuidad hasta la tumba.

Cuando el niñ@ aparece en el mundo y físicamente es aún de extrema fragilidad, intelectualmente vive entre sombras y moralmente en la inconsciencia, sus padres deciden por él y, siguiendo la tradición o queriéndole hacer un católic@, lo hacen bautizar. De ahora en adelante el niñ@ pertenece a la Iglesia, y ésta tomará sus disposiciones para no dejarlo un instante. Cuando el niñ@ ha crecido, y tiene ya entre 10 ó 12 años y su cuerpo ha logrado un desarrollo que no tardará en conducirlo a la pubertad y hacer de él un joven adult@, su mente ha recibido alguna cultura y su conciencia comienza a discernir lo que está mal; cuando sus actos atestiguan u estado moral que no es más que un tanteo, pero está en vías de formarse; en esta fase de la existencia en que la memoria empieza a poblarse de recuerdos y de impresiones; cuando la inteligencia se abre a la comprensión de los hechos, cuando la imaginación se vuelve más fogosa en l@s un@s y más ponderada en l@s otr@s; en el momento en que la sangre y los nervios están predispuestos a las agitaciones y a la fiebre del desarrollo y la carne empieza a sentir el aguijón del deseo sexual, vago aún; cuando de acuerdo con los sentidos que se despiertan, el corazón se siente agitado por sentimientos afectuosos y tiernos, ha llegado la hora para la Iglesia de dar un gran golpe, de impresionar, de trastornar profundamente a la infancia que ha alcanzado el eslabón de la adolescencia y de grabar en su mente recuerdos perdurables. Por primera vez, recibe el sacramento de la eucaristía. Con esmerado cuidado es preparado para que celebre esta ceremonia, que se reviste de todos los elementos para que deje en su mente recuerdos imborrables.

Mas he aquí que el adulto ha reemplazado al adolescente. La niña se ha vuelto doncella, el joven se ha transformado en un hombre, tiene ahora veinticinco o treinta años; está en toda la plenitud de la edad. Le llegó el turno de formar un hogar, de fundar una familia. Instante grave, hora decisiva y capital. De la elección que se haga puede depender la felicidad o la desgracia ligada a una feliz o infortunada unión. La elección está hecha. A partir de este día, sus existencias van a cambiar, la suerte les serán común. Entre ell@s todo será compartido. Luego, llegarán l@s hij@s y revivirán nuevos afectos en l@s seres querid@s. Y l@s dos espos@s unen sus proyectos futuros y sus sueños, como unen sus manos y sus labios. Deberían ser dejad@s enteramente a la pasión que les transporta, al amor que l@s une, a las dulces perspectivas que el futuro abre ante ell@s. Pero surge un intruso que se coloca a su lado, solemne, balbuceando en mal latín algunas formulas sacramentales, les declara, en un lenguaje que no comprenden ni el un@ ni el otr@, irrevocablemente unid@s por el sacramento del matrimonio. Este intruso es el sacerdote, siempre el sacerdote.

Cuando nacisteis, jóvenes espos@s, fue el cura quien os bautizó, cuando teníais doce años, el cura os dio, por primera vez, la eucaristía. Hoy es el cura el que bendice vuestra unión y os declara legítimamente casad@s. ¿No equivale ello a ligarse a vuestros pasos, a aferrarse a perseguiros? Os ha esperado en el umbral de la vida y os escoltará hasta las puertas de la muerte.

¡Otra fecha solemne y fatídica! Hora en la cual, sintiéndose gravemente enferm@, el paciente que espera la muerte, de un golpe resume toda su vida, remonta el curso del río hasta su manantial y examina las aguas antes que ellas lo arrastren de una vez hacia el

abismo. Este moribund@ sabe lo que era, lo que hacía, dónde se encontraba hace diez , veinte, cuarenta años. No sabe lo que será, lo que hará, dónde estará mañana y enloquece ante el temor a lo desconocido. Pero he ahí al cura; es él quien trae los santos óleos; él practicará sobre el moribund@ las unciones que calman y purifican, le administrará los últimos sacramentos, pronunciará las últimas plegarias, exorcizará a Satán, murmurará las palabras de suprema consolación, de perdón, de esperanza y de confianza al oído del agonizante, que ya ha perdido todo conocimiento, y esta última influencia del cura pretenderá el apaciguamiento *in extremis* de los terrores de que éste había poblado su pobre cerebro desde su infancia y que ha cultivado durante toda su vida.

Bautismo, eucaristía, casamiento, extremaunción. El representante de la Iglesia sigue fiel, paso a paso, desde el primer soplo hasta el último suspiro. ¿No está a su lado en todas las fechas importantes, en las horas graves, en los minutos solemnes de su existencia? Es tanto como decirle: «Cuando tú eras bebé, yo te bauticé; cuando eras un niñ@, te di la comunión; cuando eras un hombre te casé; cuando te vas a morir, te administro los últimos sacramentos. Sin cesar tú me has pertenecido, en cada fase decisiva de tu vida, tú has sido mío. Al venir al mundo lo mismo que cuando te vayas de él, desde el nacimiento hasta la muerte, seas joven o viejo, lleno de salud o enfermo, yo estoy siempre ahí, a tu lado, cerca de ti. Te tengo constantemente bajo mi mano; siempre y en todo momento dependes de mí.»

La Iglesia es insaciable. No tiene bastante con que el fiel le pertenezca en el curso de los acontecimientos que forman parte de su existencia; ella entiende que en ningún momento el creyente debe sustraerse al embrujamiento del cual es la víctima; ella quiere que sienta la necesidad de recurrir periódicamente a los ministros del culto católico; que se vea en la obligación de coger el camino que conduce a la Iglesia, para que no tenga tiempo de olvidarla. Hacía falta, pues, que al bautismo, al matrimonio y a la extremaunción, sacramentos cuya administración no se practica periódicamente, viniesen a juntarse otros sacramentos -uno al menos– donde el fiel tuviese la obligación de hacer un uso regular, periódico, bastante frecuente. La eucaristía se impone al católic@, al menos una vez cada año, en ocasión de las fiestas pascuales. Una vez cada doce meses, ya es bastante, en verdad, para que el católic@ no olvide completamente su religión y los deberes que elle le prescribe; mas aún se considera insuficiente para mantenerlo fijado, tal cual debe ser útil, bajo el dominio de la Iglesia. El sacramento de la penitencia es el que la Iglesia ha instituido con la finalidad de aproximar a ella constantemente a tod@s l@s corder@s de la manada sobre l@s cuales ha recibido el mandato de velar. Ella es, o pretende ser, responsable ante Dios, y el buen pastor tiene el deber de no dejar jamás alejarse demasiado sus ovejas, si no quiere exponerse a perderlas.

La beneficencia

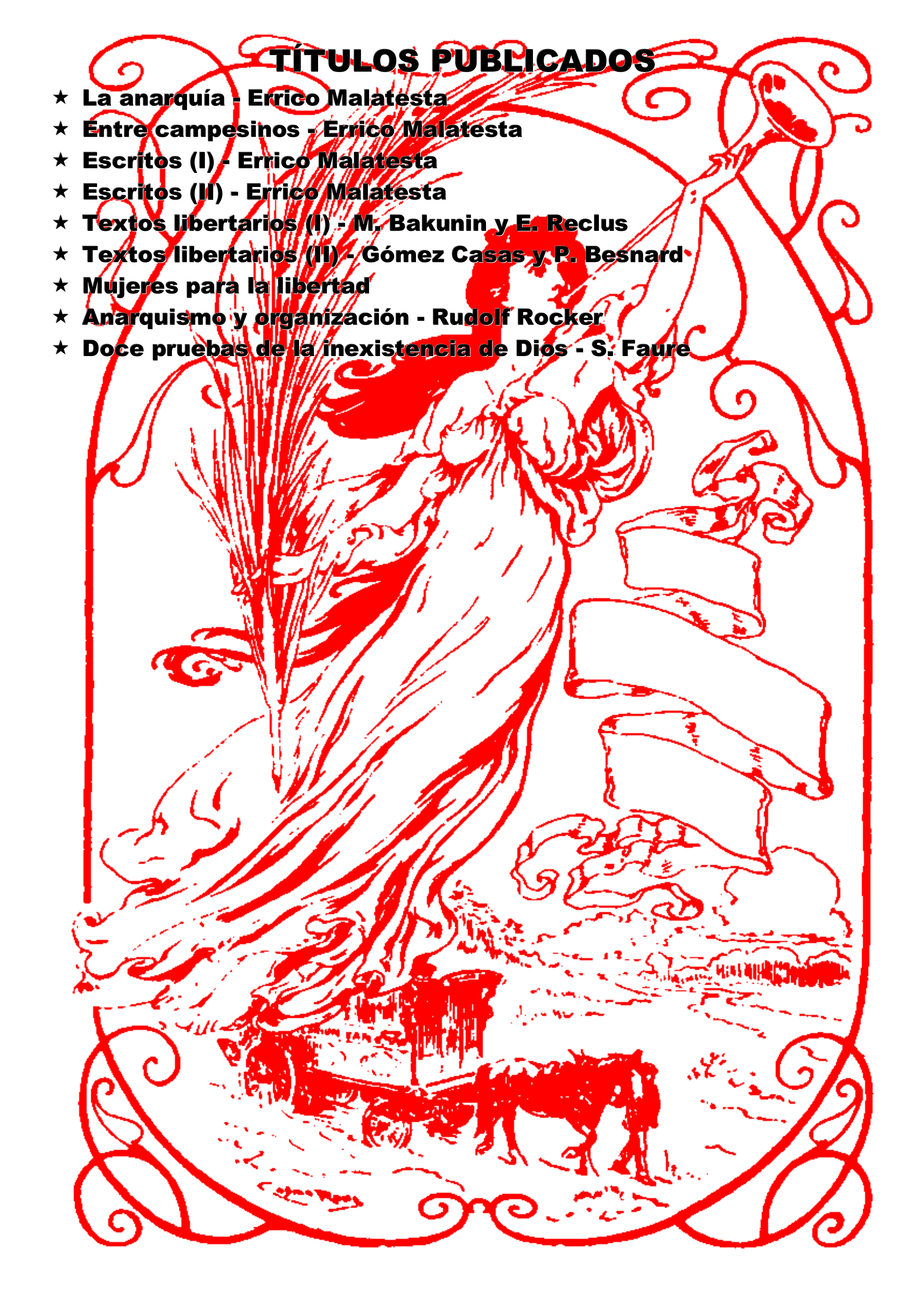
(Del latín bene: **bien, y** facere: **hacer). F. Inclinación a hacer el bien. Acción de hacer bien a alguien. La práctica del bien. La costumbre de hacer el bien. Virtud que nos empuja a ayudar a nuestr@ prójim@. El hombre que hace el bien es el que por sus consejos, su estímulo, su apoyo a su dinero, ayuda a sus semejantes. La palabra beneficencia se confunde generalmente con las palabras** caridad **y** filantropía**. Las obras que se dicen de beneficencia tienen, en efecto, el mismo origen, los mismos caracteres y la misma finalidad que las obras que se dicen de caridad y de filantropía. La beneficencia, en nuestro medio social, donde la miseria abunda, no es, la mayoría de las veces, más que un cálculo cínico o una abominable hipocresía. Puede ser un cálculo en ric@s, que dan ostensiblemente algunas migajas para guardar sus riquezas y calmar así la justa cólera que pueden suscitar en l@s pobres la insolente ostentación de su lujo.**

La verdadera beneficencia huye de la hipocresía. No emplea ni usa esas tácticas. Tiene mil maneras de ejercitarse útilmente, de manera discreta y desinteresada. Sin que le sea necesario buscarlas, el bienhechor encuentra miles de ocasiones para ayudar a sus semejantes. Una buena palabra, un gesto afectuoso, un sabio consejo, un estímulo oportuno, son a veces más caritativos y eficaces que una limosna; y cuando ese estímulo, ese consejo, ese gesto, esa palabra acompañan una ayuda en metálico dan a este último un valor inestimable. Es bajo estas múltiples formas como se manifestará en una sociedad libertaria la propensión a hacer el bien, es decir, a ayudar a l@s débiles, l@s enferm@s, l@s que sufren, con el fin de prodigarles apoyo, cuidados y el consuelo que necesiten.

Es verdad que para entonces la beneficencia, la caridad, la filantropía, serán expresiones con otros significados, y que todos los sentimientos y los actos que inspiran hoy la desnudez material y la miseria moral de nuestr@s semejantes no se aplicarán más que a las vicisitudes y adversidades inherentes a la naturaleza. Las formas actuales de la beneficencia habrán desaparecido y serán reemplazadas por las de la solidaridad.

Beneficencia**. Llámase así a la limosna organizada y planificada. Forma típica de la mala conciencia burguesa, surge en el momento que más agudamente se hace sentir la explotación capitalista sobre las masas obreras en Inglaterra y el continente europeo. Algunas de sus manifestaciones son laicas o neutras y se vinculan con el positivismo o el radicalismo burgués. La mayoría de ellas, sin embargo, son religiosas y han aparecido bajo la inspiración de las diferentes iglesias y denominaciones. En los países católicos es famosa la obra de las Conferencias de San Vicente Paúl.**

En nuestros días son muy poc@s ya l@s hombres inteligentes y de buena fe, religios@s o no, que continúan creyendo en la beneficencia como solución o siquiera como importante atenuación de los males de nuestra sociedad. No es raro oír hoy a sacerdotes católicos o protestantes manifestarse contra la asistencia paternalista y aun contra la «caridad».



TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (I) - M. Bakunin y E. Reclus
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure

